

EL FOMENTO DEL LIBRO

Y LA LECTURA / 12

FMG
2013

EL FOMENTO DEL LIBRO Y LA LECTURA / 12

Selección de ponencias presentadas durante los 16° y 17° Foro Internacional por el Fomento del Libro y la Lectura, organizados por la Fundación Mempo Giardinelli en Agosto de 2011 y Agosto de 2012.

© Fundación Mempo Giardinelli, 2013.

CAELyS (Centro de Altos Estudios Literarios y Sociales Chaco)
Resistencia, Chaco, Argentina, 2013.

Compilación y edición: Maia Bradford

ÍNDICE

Del 16° Foro por el Fomento del Libro y la Lectura (2011):

Apertura del 16° Foro:

Mempo Giardinelli. Claroscuros de la lectura, hoy

PONENCIAS

Mesa 1: Cerca y lejos de los libros. Tener y no tener una biblioteca

Alonso Cueto. Mi biblioteca personal

Judith Gociol. Cerca y lejos de los libros

Paula Larraín. Fomento lector y escritor a través de redes sociales

Mesa 2: Ampliación del canon de lectura de los jóvenes argentinos

Eduardo Heras León. Recomendaciones no especializadas de un lector voraz

Laura Guerrero Guadarrama. La recepción de la nueva literatura infantil y juvenil

Samantha Schweblin. El canon de lectura de los jóvenes

Mesa 3: ¿Qué y cómo se aprende a través de la literatura infantil?

Rosario Alçada Araújo. Los caminos de la literatura infantil

Iris Rivera. ¿Qué y cómo se aprende a través de la literatura infantil?

Mesa 4: El aprendizaje en el contacto con la palabra poética

Hugo Mujica. La dimensión poética de la existencia

Claudia Masin. La lectura como acto de resistencia

Cecilia Pisos. Notas sobre la relación poesía/niños en Argentina, seguidas de un ¡Upalalá!

**Mesa 5: La historia, la ciencia, la imagen, las pantallas:
¿otros aprendizajes, otras lecturas?**

María Wernicke. De broches, cocodrilos, nubes y elefantes. Saberes y otras cuestiones

Mesa 6: Aprender a leer los medios, aprender de los medios

Julio Rudman. La nueva Ley de Medios y la lectura

Raúl García Luna. La mirada inocente o cómo leer los diarios

Conferencia de clausura:

Claudia Piñeiro. La ilusión de ser otro

* * * * *

Del 17º Foro por el Fomento del Libro y la Lectura (2012):

Apertura del 17º Foro:

Mempo Giardinelli. El Observatorio de la Lectura

PONENCIAS

Mesa 1: Leer más poesía en la escuela

Graciela Perriconi. Leer más poesía en la escuela

Germán Machado. Catorce instrucciones y un soneto para acercar la poesía a los niños

Julio Leite. Vivir en estado de poesía

André Letria. Lo que no es dicho

Mesa 2: Códigos y lenguajes para leer más literatura

Juan Diego Incardona. Códigos y lenguajes para leer más literatura

Silvina Marsimian. Literatura y escuela

Mesa 3: ¿Leer más literatura y más memoria?

Paula Bombara. Mareas y cambios de piel

Eric Nepomuceno. ¿Leer más literatura y más memoria?

Mesa 4: Leer más literatura en la posdictadura

Elsa Drucaroff. La narrativa joven de los que no pudieron ser jóvenes

Graciela Falbo. Literatura para niños y post dictadura. Atravesar la pared

Ana María Shúa. Argentina, 2012 - Los nuevos narradores

**Mesa 5: Estrategias de Fomento para una América que
lea más literatura**

Beatriz Helena Robledo Botero. La imaginación literaria, fuente
para el razonamiento público, o de la capacidad transformadora
de la literatura

Iván Thays. El contenido y los blogs

Mesa 6: Medios, lectura y más literatura

Alejandra Laurencich. Medios, revistas literarias, fomento de la lectura

Hernán Casciari. El móvil de Hansel y Gretel

Eduardo Abel Giménez. Medios, lectura y más literatura

16° FORO INTERNACIONAL POR EL FOMENTO DEL LIBRO Y LA LECTURA

2011

Discurso de apertura: *Mempo Giardinelli*

Claroscuros de la lectura

Se cumplen hoy 16 años desde que empezamos a proponer estrategias para que este país vuelva a ser una sociedad de lectores, capaz de salir de la oscuridad, la mediocridad y el resentimiento. Y la verdad es que la Argentina se está recuperando como país lector, aunque en materia educacional debería leer todavía mucho más y sobre todo textos cada vez mejores.

Porque no hay otro camino que la buena literatura para formar lectores competentes. Y eso significa que no hay mejores libros que los clásicos. Lo que a su vez significa, o debería significar, que no hay mejores orientadores de la buena lectura que los maestros y los bibliotecarios.

Ahora bien, ¿no es maravilloso, casi un sueño, advertir que nuestro país hoy puede pensar y analizar estas cosas? Porque hace treinta años éramos una carnicería, y hace veinte éramos una confusión, y hace diez estuvimos al borde de la disolución nacional...

Pero ahora podemos pensar. ¿No es fantástico? Ahora la educación ya no es la escuela donde los chicos van a tomar la leche o comer un pedazo de pan, sino un lugar en el que se puede discutir la calidad educativa que le damos a nuestros chicos. Y ahora la lectura ya no es aquel desaparecido al que debimos recolocar en la agenda de este país; hoy es un problema que vamos resolviendo. Más de tres lustros después de aquel primer Foro que organizó nuestra entonces incipiente Fundación, con el auspicio de la Universidad Nacional del Nordeste, la lectura ya está instalada en la conciencia, el imaginario y la vida cotidiana de este país, y es en todo el territorio, en las 24 entidades federadas una tarea en marcha, una pedagogía en la forja. Enhorabuena.

Pero si hoy la sociedad argentina es más consciente del potencial revolucionario de la lectura, eso, siendo mucho, y muchísimo, es poco frente al titánico desafío que es recuperarnos como nación lectora. Porque los daños de la censura, el miedo y las políticas monopólicas están todavía a la vista y jamás debemos olvidarlos.

Nuestro modesto aporte, por lo menos desde 1998, consiste en crear voluntariados para trabajar en programas concretos con el objetivo de dar de leer. Con nuestros Programa de Abuelas Cuentacuentos, de Pediatras Voluntarios, de Amigos Lectores y otras acciones solidarias, comenzamos también a llevar autores a las escuelas, donde previamente estimulábamos a maestros y alumnos para que leyeran textos de quienes luego los iban a visitar. Así crecimos como institución, y así creció este Foro, que no es otra cosa que un espacio para debatir, imaginar, crear conciencia sobre el valor de la lectura

y sobre todo desarrollar estrategias lectoras que *desburren* no sólo a los chicos, sino y muy especialmente a los grandes.

Hoy es obvio que los argentinos leen más que la generación anterior. La estrategia nacional de promoción que ha venido ejecutando el Plan Nacional de Lectura arroja frutos positivos y estamos muy cerca de poder afirmar que la Argentina tiene una política de estado de lectura, que es el objetivo superior por el que siempre trabajó nuestra Fundación. Enhorabuena también por eso.

Pero hay cosas que faltan y debemos señalarlas. Hace exactamente un año, al inaugurar este Foro, anunciamos nuestra alegría porque se ponía en marcha el Consejo Nacional de Lectura, organismo pensado para coordinar esfuerzos e inversiones para garantizar la mayor calidad de lectura de nuestros hijos y nietos, y del cual supuestamente yo iba a ser parte. También se anunció en paralelo la realización de la 2ª Encuesta Nacional de Lectura, que desde hace años es una de las propuestas que con más tenacidad impulsan nuestra Fundación y este Foro. Pero hoy, un año después, infortunadamente debo decir que si ese Consejo se reunió alguna vez, a nosotros no nos llamaron. Y de la encuesta, no tenemos noticias. Y no lo digo por afán de crítica, sino porque hay ya mucho camino andado, y bien andado, pero nos encontramos con que todavía no tenemos mediciones confiables sobre lectura y ése es un problema serio. Hace años que nuestra Fundación propone la realización de una encuesta de Lectura anual, preparada entre todos y con participación de las entidades con trayectoria, para ver cómo evolucionamos.

Todo país necesita saber cuánto leen sus habitantes, porque un país que no lee cercena su futuro. Y personas y pueblos somos lo que hemos leído, pero también somos lo que nunca leímos. Y eso se paga.

Necesitamos, por lo tanto, redefinir y profundizar estrategias y acciones concretas. Porque ya somos un país convencido de la importancia de la lectura. Eso ya lo hicimos. Por lo tanto, no hace falta gastar tanta energía en promocionar lo que ya sabemos y todo el país sabe. ¿Se entiende lo que digo? ¿Me estaré explicando bien? Digo que ya no hace falta tanta "promoción de la lectura". Ahora lo que falta es leer. O sea, ahora viene la parte más difícil de una política de lectura: lograr que la sociedad lea; que todo el país se convierta en una nación de lectores.

No se imaginan cómo me gusta abrir este Foro proponiendo que ya no hablemos tanto de lo importante que es leer... Y es que ahora hay que leer. Ahora es necesario que todos y todas se pongan a leer, empezando por los maestros y los bibliotecarios. Y los papás y las mamás de los chicos, todos y todas, o sea la ciudadanía, que es la protagonista principal de la democracia.

A ellos tenemos que convertirlos en lectores. No sólo a los chicos. Es a los grandes a los que hay que cambiar. A los grandes tenemos que orientar hacia la lectura, porque si los grandes leen, leen los chicos. Y si los grandes se embrutece con la telebasura, los chicos también. Es así de sencillo. Leer también es ver menos televisión, como es aprender a ser espectadores conscientes y críticos. Única manera de preservarse de la imbecilidad y la mentira cotidianas, que es lo único que ofrece la telebasura argentina.

Por supuesto que cuando digo "los grandes" me refiero también a los funcionarios, los dirigentes, los empresarios. El drama de este país está en los adultos; no en los chicos. Y son los adultos los que no leen. Incluso es evidente que muchos profesionales, y los dirigentes, de todas las disciplinas y actividades, también dejaron de leer. Y se les nota...

Por lo tanto, es el Estado el que debe garantizar el derecho a leer, y no sólo con políticas educativas sino también aplicando recursos como la excelente Ley de Medios Audiovisuales que ahora tenemos.

Es claro que estamos en el buen camino, y podemos enorgullecernos de ello. De haber sido una nación lectora hace más de medio siglo, pasamos al terror, la censura y la persecución. El retroceso cultural argentino fue pavoroso. El paradigma de ascenso social que eran el libro y la lectura fue destruido con maldad y a conciencia, y se lo sustituyó por el paradigma de facilismo, especulación e individualismo que todavía está vigente en algunos sectores. La privatización abierta o encubierta de la educación, y la destrucción de la industria editorial argentina, abrieron las puertas a los negocios a la vez que las cerraban para el conocimiento.

Por eso ahora que la reconstrucción en democracia está en marcha y sus resultados se notan, podemos sentirnos orgullosos. Ya estamos viendo jóvenes maestros que se hicieron lectores con la colección LeerXLeer, de la primera Campaña Nacional de Lectura del Ministerio de Educación, y que es el verdadero inicio del actual Plan Nacional de Lectura. Y sabemos hoy que las próximas generaciones de maestros y de bibliotecarios estarán mucho mejor formadas, gracias a los nuevos paradigmas de lectura, a los recursos y tecnologías que se están asignando, a la existencia de nuevos acervos en las escuelas y sobre todo a la inclusión del fomento de la lectura en la carrera docente. Sin duda ése es el camino, y vamos bien. Hoy se lee mucho más que hace diez años, y lo sabemos aunque no tengamos todavía las encuestas.

Pero una vez más: si eso es verdad, también lo es que debemos mejorar la calidad de las lecturas. Porque si somos más lectores, entonces leamos mejores textos. Y ayudemos a que los demás —los chicos, ahora sí— lean mucho y bueno. Y para eso yo sigo sin ver mejor estrategia que la lectura en voz alta, estrategia que en nuestra Fundación venimos probando como nadie en este país, y con resultados asombrosos. Ahí están las Abuelas Cuentacuentos para probarlo, ellas son las verdaderas heroínas de esta tarea: inteligentes, cultas, amorosas, van y dan de leer a los que no tienen, y leen bien y leen lo bueno, y nos hacen sentir orgullosos del mejor programa de la Fundación, porque además es gratuito absoluto: nadie paga, nadie cobra, y nuestra función es garantizarles libros, aprendizaje y logística.

De ahí que nos sorprende la contracara del asunto. Porque al menos aquí en el Chaco pero también en otras provincias, a pesar de la firme decisión del Estado de acompañar y promover la propuesta de lectura diaria, hay una fuerte resistencia a esta estrategia. Vemos a diario que es inesperadamente difícil quebrar cierta inercia negativa en muchas escuelas. No en todas, pero sí en muchas. Parece mentira que haya tantos maestros, y sobre todo directivos, que se niegan a incorporar esta práctica tan simple, que ha demostrado ser verdaderamente revolucionaria porque es absolutamente generadora de las ganas de leer. Nos resulta increíble que aún haya docentes que no quieren sostenerla en el tiempo, y por eso aprovecho esta tribuna para invitar nuevamente a todas las directoras y directores de escuelas del Chaco y otras provincias a convertir a la Lectura en Voz Alta en política central de sus establecimientos. ¡No necesitan nada para hacerlo: ni resolución ministerial, ni aprobación de supervisores, ni grandes dotaciones de libros, ni dinero ni tiempo! Sólo se necesitan ganas de leer, hacerlo amorosa y

encantadoramente, y durante nada más que 5, 10 o 15 minutos al inicio de cada jornada...

Y ya que estamos, aprovecho también para proponerles, a ustedes que son mayoritariamente maestros y maestras, que piensen que es hora de ir cambiando algunas actitudes y prácticas... Acéptenme, por favor, que señale que es muy común, demasiado habitual y harto complejo, observar cómo maestros y profes jóvenes nos preguntan qué pueden hacer para que los chicos lean, y cuando les respondemos que simplemente se trata de leer cada uno y luego leerles a los chicos, nos responden que "lo que pasa es que no les gusta leer...". Frase injusta y facilista, que hay que desterrar... Cuando un docente culpa a sus alumnos de no leer es porque a él, o a ella, no le gusta leer. Y no le gusta porque no sabe, o no conoce las simples virtudes de la lectura. No se vale escudarse en la culpabilización de los chicos.

Claro que no estoy acusando a los docentes, ojo. Porque también fueron víctimas de esas modas pedagógicas que en la Argentina hicieron del placer literario un trabajo pesado. Y a las que no debemos dejar jamás de denunciar.

Es necesario y urgente volver a enseñar Literatura desde el placer estético, caramba. Que es la vieja idea de Dostoievsky y de Joyce, de Jane Austen y de Borges y Julio Cortázar. Se trata de leer la mejor literatura como manera de descubrir la maravillosa conciencia del descubrimiento, y sintiendo la alegría de la libertad del espíritu en ebullición. Y si uno/una no sabe cuál es la mejor literatura, pregunten que hay respuestas excelentes para eso. Este Foro, con la gente que invitamos, es el inicio de una respuesta en sí misma.

Y si esto es así, señoritas maestras y queridos profes, si desterramos la idea de que la buena literatura es "difícil" o "pesada", contrario sensu es imprescindible terminar con las ejercitaciones obligatorias y trabajosas, que, más allá de las buenas intenciones que las alientan, en muchos casos sólo entorpecen el simple y grandioso placer de leer y la libertad de decir.

Sueño con un sistema educativo en el que la Literatura vuelva a ocupar el primer lugar entre las Humanidades. Un sistema en el que se lea Don Quijote como exhortación a la libertad y no para que a los catorce o quince años los muchachos y las chicas se vean forzados a hacer resúmenes inútiles, o clasificaciones temáticas, conductuales, geográficas o históricas, y ni siquiera lingüísticas. Yo aspiro a un sistema en el que los jóvenes lean los libros fundamentales de toda cultura, como son los clásicos, para simplemente descubrir el goce que producen las andanzas, para apreciar las paradojas del ridículo, para incorporar escalas de valores, para comprender lentamente el valor de la lectura en la vida de cada uno/una. Y subrayo la lentitud de la lectura porque la lectura es sabor y es alimento. Y el saber y el conocimiento son lentos, y porque toda prisa es idiota y es bueno que los maestros lo sepan y lo enseñen. El aprendizaje es y debe ser lento, pausado, sereno, porque sólo así es profundo, y porque lo lento encierra siempre pensamiento y perspectiva de calidad.

Y claro, sueño también —y que me disculpen los editores— con un sistema escolar que no sea permeable a las sugerencias interesadas de las editoriales, y en particular las grandes multinacionales. Si ellas van a seguir siendo las que determinen los contenidos de la enseñanza en la Argentina, vamos a seguir en problemas. La diversidad y la calidad de la lectura debe determinarlas el Estado a través de la orientación ministerial, respetando la

libertad de elección de cada profe y cada maestro en cada aula y con cada grupo humano.

Otro tanto quisiera decir del trabajo de los bibliotecarios. Que son mis hermanos, porque yo me crié en bibliotecas y las bibliotecas fueron y son mi vida, como la biblioteca es el alma de nuestra Fundación... La verdad es que se trabaja mucho por la lectura en las bibliotecas argentinas, sean las populares, las públicas y las escolares, todas las cuales se están actualizando después de años de abandono y obsolescencias. Pero también persisten, yo diría, algunas taras profesionales que vienen de los tiempos del oscurantismo y el miedo. Y hay que señalarlas para que en democracia las cambiemos. Por ejemplo, y sencillito: Yo creo que por más problemas económicos que tengan, las bibliotecas escolares no deberían cobrar y mucho menos dejar de prestar libros a los chicos porque no pagaron la cuota de la cooperadora... Esto es absurdo y hay que terminarlo. No hay que pagar por leer. Ni siquiera las bibliotecas escolares que fijan cuotas voluntarias, porque eso también está mal y encima termina siendo excusa para que los libros no circulen.

Y otra cosa: ¿No les parece que ya es hora de que las bibliotecarias dejen de atender quioscos de golosinas dentro de las bibliotecas? Ésta es una costumbre nefasta que hace que en el recreo los chicos vayan a la biblioteca a comprar alfajores y no a elegir qué leer. Es urgente terminar con los quioscos en las bibliotecas, para que en el momento del recreo los chicos vayan a buscar a un adulto que les recomiende libros y no que les venda alfajores. Eso pudo tener algún sentido en los 90 cuando el Estado no enviaba libros ni se recibían dotaciones de la Conabip, ni había una ley de bibliotecas de la provincia para sostenerlas.

Y si me permiten algunas ideas más: ¿no sería bueno que en las salas de profesores haya libros, o que de la biblioteca se traigan materiales para posibles lecturas, o que haya una pequeña dotación de textos disponibles y con seguro recambio cada siete días? ¿Y que cada semana un profe ofrezca una breve charla sobre un tema de su especialidad? ¿No sería bueno que entre colegas se converse acerca de lo que van a compartir con los alumnos al día siguiente, para recibir sugerencias, e incluso compartir alguna lectura entre pares en un recreo? ¿Y de paso eludir las idiotas conversaciones sobre el último programa de Tinelli? ¿No sería precioso y útil que las bibliotecarias sean el motor de estas prácticas, preguntándoles a los docentes si ya tienen lo que van a leer mañana a sus alumnos?

Habría más propuestas, y también existen normativas provinciales que disponen tiempos específicos para leer en la escuela. En el Chaco las hay.

Y fuera de aquí no ignoramos que persisten dificultades para acordar una política nacional que respetando las diferencias regionales adopte líneas de acción comunes. Hoy a la Nación le es muy difícil acordar sus políticas con todas las Provincias, y no sólo las referidas a la lectura. Son rémoras del desastre educativo de las décadas anteriores.

Por eso quiero terminar diciendo que muchas veces fastidia cuando se oye criticar a la educación en la Argentina como si los problemas fueran de hoy. No es así, y esto no es ser oficialista como piensan algunos tontos. Es innegable que hoy luchamos contra los desatinos de ayer, contra la herencia perversa de la dictadura y el oscurantismo, y corrigiendo los pésimos resultados del falso federalismo de los 90, que desquició a la educación argentina. Y todo eso además de la perversa decisión de castigar salarialmente

a los maestros y debilitar a la escuela pública que fue la política oficial hasta hace ocho años. ¿O nos vamos a olvidar de los salarios miserables, el maltrato al conocimiento, el abandono de la educación pública para estimular empresas y negocios privados supuestamente educativos, y de las carpas docentes? Yo no digo que hoy la educación está bien en la Argentina. Pero sí digo que ha mejorado muchísimo y que vamos por el buen camino. Y eso hay que reconocerlo, aunque muchos políticos mezquinos e ignorantes no lo hagan. Estamos en rumbo propicio y acertado. Valga como ejemplo que hoy, más importante que discutir salarios, es discutir la calidad educativa. Recordarán muchos/as de ustedes que el año pasado me referí a los asuntos educativos pendientes: la autoridad; las evaluaciones; los principios, valores y contenidos; el conocimiento y cuál y para qué; y los roles de la familia y de los maestros. Esto significa que hoy podemos ocuparnos de la calidad de la educación. Podemos planificar el devenir de la educación y la lectura.

Y decirlo no implica obsecuencia alguna, ni tampoco conformidad. Porque como lo saben ustedes, y lo sabemos nosotros, las cosas para los docentes nunca van a estar bien. Nunca ustedes van a estar conformes, y eso está bien. Nunca vamos a estar conformes, y ésa es una actitud intelectual sana y estimulante que yo espero tengamos por generaciones...

Declaro inaugurado este 16° Foro. Muchísimas gracias, y a trabajar.

MESA 1

Cerca y lejos de los libros. Tener y no tener una biblioteca

Mi biblioteca personal

Alonso Cueto

Uno lee un libro y su vida puede cambiar para siempre. El territorio de la ficción que fabuló un escritor se convierte para nosotros en un lugar sólido, con cuerpos y rostros, aromas y sonidos, emociones y actos decisivos. El mundo se aparece como más complejo e intenso, los seres humanos resultan más diversos y atractivos. Los lectores nos convertimos en portadores de algunas de las palabras, de las imágenes, de los personajes de ese libro, y con ellos seguimos viviendo siempre. Cada uno de nosotros es, en otras palabras, el resultado de los libros que ha leído y que conserva en la memoria. Nuestra biblioteca es nuestra memoria. Gracias a esa memoria, podemos vivir de un modo más pleno, me atrevo a decir que más seguro y feliz. Hay algunas frases que se quedan con nosotros para siempre, que forman parte de nuestro modo de lidiar con la vida.

No recordamos propiamente libros sino algunos pasajes que los inauguran. El momento en el que Jean Valjean salva la vida y a la vez condena a Javert, en *Los Miserables*, o el momento en el que Ana Karenina se enfrenta al ferrocarril con un miedo similar al que tenía cuando se tiraba al agua siendo niña o el momento iluminado en el que Borges abre la puerta del sótano y distingue un tornasolado fulgor. Algunos pasajes, algunas frases, algunos recuerdos, en suma, algunos talismanes, se convierten en un acto de magia, el de la creación de la vida. Estos pasajes son los que nos reflejan la vida tal como se nos aparece y al mismo tiempo nos ayudan a vivir. Nuestra memoria los ha modificado y a la vez nos han convertido en quienes somos

Estos pasajes están atados a ciertos espacios y tiempos. Tengo asociado mi recuerdo de Melville a mis viajes en los metros de Madrid, cuando vivía allí. Fue durante esos viajes en ese metro, en el que los pasajeros discutían el retorno de la democracia a España en 1977, cuando la obsesión del capitán Ahab entró para siempre en mi corazón, y cuando la imagen de la ballena blanca surcando el océano malévolamente formó por primera vez parte de mi vida. Del mismo modo, mi recuerdo de *Los Miserables* está atado a la casa de la que entonces era mi novia y ahora mi esposa, Kristin, en Austin. No puedo separar mis imágenes de Jean Valjean –en especial de su muerte, algo que lo que aun no me recupero-, de las de los árboles que se cernían sobre ese balcón de madera en el que ella me acompañaba. Lo que quiero decir es que cuando leí alguno de los pasajes que me deslumbraron, que fueron como una revelación del poder del lenguaje literario, fueron tan intensos que recuerdo todo lo que ocurría a mi alrededor en ese instante, como si me hubiera caído una revelación.

Cuando leí *Moby Dick*, tenía veintitrés años y acababa de llegar a España y cuando leí *Los Miserables*, tenía casi treinta, vivía en Estados Unidos y estaba muy enamorado. Creo que esta asociación entre la vida del lector y la vida de la obra es siempre parte esencial de nuestra biblioteca personal. Recordamos donde y cuando hemos leído los libros de nuestra vida y esos libros impregnan esos tiempos y lugares, y quienes éramos entonces en ellos. La vida que nos rodea es siempre también parte de nuestra lectura, porque los libros son también sobre la vida, sobre la vida concreta, sobre la vida de los personajes pero también sobre la vida del lector, desde la cual aprecia un libro.

Cada lector por lo tanto lee un libro desde algún tiempo o espacio, desde los suyos. El mismo libro, leído en épocas distintas de nuestra vida, es un libro distinto, como bien descubrió Borges en "Pierre Menard, autor del Quijote". Nuestra biblioteca personal es tan relativa como lo somos nosotros. Pero una gran obra le puede decir algo esencialmente parecido a muchos lectores, en muchos lugares y tiempos. Todos, cualesquiera sea nuestra cultura o lengua, celebramos a Shakespeare o a Cervantes. Y eso ocurre porque en todo texto literario hay un encuentro entre lo mundano y lo sagrado, entre lo contingente y lo permanente. No sé por qué, de pronto los viejos restaurante de carretera tienen una dimensión mágica en los cuentos de Raymond Caver y una caja de cerillas tiene una reverberación sagrada en el cuento de Chéjov. La soledad de los seres humanos esté reflejada en esos restaurantes y en esas cerillas, como nunca la habíamos visto en la vida real. La gran literatura es un descubrimiento de lo sagrado en lo cotidiano, gracias a las palabras. Estas palabras que tienen un sentido tan utilitario y con frecuencia banal entre nosotros, adquieren en manos de un gran escritor, un poder de iluminación de la realidad, que las hace únicas.

Una consigna romántica muy antigua nos dice que los libros nos ayudan a evadir la realidad. Esta es una verdad a medias, que incluye su contraparte. Los libros nos ayudan a evadir la realidad pero también a entender, a profundizar, a vivir más plenamente la realidad. Recuerdo que la primera vez que llegué a París, lo primero que hice fue conocer el barrio Latino y el de Saint Marceau, cuya descripción me había impresionado tanto al comienzo de Papá Goriot. Desde entonces, nunca he podido ver ese barrio sin pensar en la señora Vauquer y Rastignac y Vautrin merodean por allí. Cada gato que he visto en ese barrio me ha parecido el gato de la señora Vauquer, tan grotesco como la dueña que lo espera en algún lugar de su maloliente pensión. La ambición, la mezquindad, la generosidad de los seres humanos que he conocido siempre ha estado influida por las de los personajes de Balzac. Si bien es cierto que nos olvidamos del mundo real mientras leemos, después de la lectura volvemos a él convertidos en otras personas. Los autores acomodan, idealizan, deforman, degradan la realidad y ese prisma es el que nosotros mantenemos con nosotros, en nuestra biblioteca personal. Cada vez que llegamos a Madrid o a Buenos Aires o a Londres, las frases o escenas de Galdós o de Borges o de Dickens están con nosotros, ofreciéndonos las ciudades que ellos pusieron en nuestro corazón. Nuestro modo de percepción ha cambiado. Es por eso que la biblioteca personal, ese arsenal de recuerdos de los pasajes de nuestros libros, es un prisma a través del cual reconocemos, percibimos, y vivimos en el mundo.

Con todo esto quiero decir que la biblioteca personal no es la que tenemos en los anaqueles sino la que tenemos en la memoria. La que tenemos

en los estantes puede alimentar y servir de base a esta última, pero la biblioteca íntima, la de nuestros recuerdos, la de las frases que recitamos de memoria y la que viene a nuestra ayuda en los momentos decisivos de nuestra vida, es la nuestra.

Creo que me di cuenta de la importancia de tener una biblioteca personal poco después de la muerte de mi padre, cuando yo tenía catorce años. Mi padre murió de un modo muy repentino en un mes de Noviembre y recuerdo que las semanas del verano que siguió, leí con mucha intensidad y pasión la poesía de Vallejo. Yo ya conocía algunos de esos poemas, pero a la luz de esa repentina sensación de soledad, creo que los leí, es decir los viví de un modo más pleno. Me di cuenta entonces de que había una extraña afinidad entre mi vida de entonces y esos versos. La experiencia de la orfandad, del estar a la deriva en el mundo que rueda “como un dado roído y ya redondo” que me revelaba la poesía de Vallejo, era mi experiencia personal de entonces. Por primera vez me pregunté cómo era posible que un poeta pudiera expresar una experiencia esencial, la de la orfandad respecto del mundo, en las palabras tan exactas y ambiguas de su poesía. Allí, en esos versos dislocados, tan desamparados y potentes, desprovistos de adornos, estaba el testimonio de una experiencia esencial. En ese testimonio podíamos integrarnos todos los que habíamos conocido la soledad. El poder del lenguaje literario por unir conciencias, por integrar y reunir, se me apareció de un modo pleno por entonces. Creo que nunca me he recuperado de ese descubrimiento, y aún hoy cuando leo los versos de Vallejo, redescubro el mundo sin mi padre y sin un padre.

Si hay algo que siempre ha hecho el arte es salvar tiempos y espacios, integrar culturas en un lenguaje común y lograr eso que parece imposible por otros medios: que nos asombremos de la capacidad del ser humano por seguir viviendo aún en medio de las peores amenazas y obstáculos. Este mismo encuentro en el que estamos es una prueba de ese interminable don del lenguaje literario, el de crear un lenguaje común, más allá de cada lengua. Lo que estamos celebrando en este encuentro en Resistencia, gracias a la generosidad de la Fundación Mempo Giardinelli, es el poder de la lectura por acercarnos. Acercarnos en lo que somos realmente, más allá de nuestras diferencias culturales o de lengua o de costumbres. Acercarnos en nuestra resistencia, en nuestra desesperada vulnerabilidad y nuestra capacidad por sentir esperanza. La capacidad que tienen nuestras bibliotecas personales por habernos hecho conocernos y reconocernos en ese asombro esencial que nos transmiten los grandes artistas y escritores, puede ser compartida gracias al encuentro de lectores, como es este encuentro. Si bien todas las experiencias de las lecturas son distintas, creo que pueden cifrarse en dos grandes exclamaciones. Qué grande y variado es el lenguaje, y qué grande y variada es la vida de cada ser humano.

Y sin embargo, cada uno creo que construye su biblioteca en relación con uno mismo. Los autores que escoge, las frases que lleva consigo, son parte del cuerpo de cada uno. Tengo en el mío algunas frases. “Tuve a la belleza en mis rodillas, y la encontré amarga y la injurié”, y también “La candente mañana de Febrero en la que Beatriz Viterbo murió, después de una imperiosa agonía que ni por un momento se rebajó al sentimentalismo ni al miedo, noté que las carteleras de fierro de la Plaza Constitución habían renovado no sé qué aviso de cigarrillos rubios”, y también “Esa mañana,

después de una noche de sueños intranquilos, Gregorio Samsa comprendió que se había convertido en un enorme insecto.” Ustedes comprenderán que esta lista, como la de muchos de ustedes, podría seguir hasta el infinito. No hay mejor momento en una conversación con un amigo que encontrarse con la misma biblioteca de la memoria. De pronto alguien con quien hablamos del libros recuerda algunos pasajes conocidos y de pronto alguna frase juntos de memoria.

Esos pasajes que decimos en voz alta y que no son oraciones dirigidas a Dios sino a los seres humanos, a nosotros mismos, y su mensaje no es moral ni ideológico ni intelectual. Es un mensaje al poder de las palabras por hacer que se fusionen con el arte, en un impulso común: la apasionada exploración de la vida.

Alonso Cueto Caballero nació en Lima, Perú en 1954. Es escritor. Se graduó en la Facultad de Literatura de la Universidad Católica del Perú. Ha realizado estudios de posgrado en España y Estados Unidos. Recibió el Premio Wiracocha en 1985 y el Premio Anna Seghers en Berlín en 2000. Integró la Lista de Honor de la International Board of Books for Youth, New Delhi, India, en 1997, recibió la Beca Guggenheim 2002-2003 y fue finalista del Premio Iberoamericano Planeta Casamérica en 2007. Es Miembro electo de la Real Academia de la Lengua, 2009. Ha publicado, entre otras obras: *Cuerpos secretos*, *Pálido cielo y otros relatos*, *La venganza del silencio*, *Juan Carlos Onetti*. *El soñador en la penumbra*, *El susurro de la mujer ballena*, *La hora azul*, *El velo de la ceniza* y *El tigre blanco*.

Cerca y lejos de los libros. Tener y no tener una biblioteca

Judith Gociol

Lo primero que quería decirles es desde dónde voy a hablar. No soy docente, ni especialista, ni teórica de la lectura, ni autora de ficciones así que ocupo un lugar en esta charla algo incómodamente –como de prestado– pero acepto hacerlo, sobre todo, como retribución a la labor de la Fundación Mempo Giardinelli. Me parece esencial descentralizar la cultura de Buenos Aires: generar espacios que –como éste, que trabaja desde Chaco sostenidamente y sin estridencias–, se vuelvan un foco irradiador y no sólo receptor de cultura. Me parece un gesto de justicia. Por eso estoy acá.

Soy periodista desde hace veinte años y, aunque de tan bastardeado, este oficio da hoy pocos motivos de orgullo (más bien de vergüenza ajena, o propia, debería decir) sigo creyendo que, practicado con honestidad, es una herramienta útil para acercarnos a lo que nos rodea.

Es seguro que ya otros hayan dicho, antes y mejor que yo, lo que voy a contarles. La tarea reflexiva, en este sentido, es enorme y va de Graciela Montes y Emilia Ferreiro a Alberto Manguel y Daniel Peniac –pasando por las ficciones del aleph y las bibliotecas infinitas de Jorge Luis Borges– por mencionar sólo algunos ejemplos. Y es seguro que tampoco pueda citar palabras textuales de lo que otros escribieron porque soy malísima para esa clase de memoria y podría quedar varada entre libros si intento buscar ahora la frase que quiero. Pido disculpas por esta actitud *antiperiodística* pero creo que también da cuenta de unas de las funciones de la lectura: leer nos permite apropiarnos de voces ajenas, de otros mundos, de pensamientos nuevos... Son una suerte de capas acumulativas que sedimentan a lo largo del tiempo sin que después sepamos exactamente de dónde provinieron, ni cuándo, ni cómo... La imagen que se me viene es una que padecí durante todo el primer año del secundario: los dibujos del manual de geografía de las eras geológicas. Pero ahora me reconcilio: estamos constituidos culturalmente por los sedimentos de todas esas capas erosionadas y moldeadas por nuestras propias experiencias.

Hay construcciones de la expresión popular que no dejan de parecerme fascinantes por su exactitud y por sobrevivir persistente y anónimamente. Así me parece que pasa cuando, en relación a la lectura, alguien dice “me abrió la cabeza” o “me partió la cabeza”, Creo que con algunos textos la sensación es, incluso, física: uno siente que la cabeza se abre, se parte y a veces, hasta que va a estallar. Esos son momentos de conmoción, de sacudón, de detenerse, de respirar profundo y seguir. Esos lapsos son como es la felicidad: breve y huidiza, pero inolvidable

“Estar cerca de los libros” –como propone esta mesa– pone en marcha mecanismos intelectuales, tanto en su elaboración como en su recepción. Por eso leer es una actividad que requiere esfuerzo y no siempre es fácil. Es cierto que hay que lograr que sea disfrutable: de ahí los derechos imprescriptibles del lector, de Peniac: a saltarse páginas, a no terminar un libro, a releer, a leer cualquier cosa, a leer en cualquier parte, a picotear, a leer en voz alta, a callarnos... En síntesis: a tener libertad de lectura. Pero lo fácil, lo rápido, lo

sencillo...son supuestas virtudes impuestas por la sociedad de consumo, en la cultura como en tantos otros órdenes de la vida.

La disyuntiva entre el libro papel y el libro digital es una falsa opción, ya que una no invalida a la otra, que cada formato responde a otra necesidad pero que, sobre todo, lo que hay que salvaguardar es la lectura. Y es este punto no me refiero a cualquier lectura. Coincido con que, tal como indican muchas encuestas, ahora se lee mucho más que antes. Pero, ¿qué es lo que se lee más?

Cuando hablo de lectura no me refiero a las conversaciones escritas del chat, ni a los mensajes de texto, ni a los e mails...Las nuevas tecnologías ponen en cuestión las coordenadas del tiempo y el espacio, todo converge al grado cero, al aquí y al ahora –quizás la medida de estos tiempos sea el nanosegundo.

Lo que me parece que hay que preservar es la escritura expandida y la lectura extensa y calma, la de oraciones con signos de puntuación variados y estructura, incluso, tradicional: sujeto-verbo y predicado; introducción, desarrollo y desenlace, por decirlo de un modo esquemático y conservador. Y para ello me parece que es preciso atravesar en alguno de los primeros años de vida lectora la experiencia del libro papel, aunque después se lea en la computadora, o través de e books, o de tablets... El tipo de comprensión, de ritmo, de sensibilidad, de contacto físico –táctil-, de vínculo con las imágenes y el diseño gráfico, que supone un libro en formato tradicional es una base irremplazable. Atravesada esa experiencia, los cambios de formato no van a ser más que eso; lo esencial sobrevivirá al soporte.

No es mi intención hacer una loa acrítica de los libros. Por supuesto que no todo lo que se publica es bueno, ni todo texto logra estos efectos deseados... Pero sigo pensando que el vínculo con la lectura no viene dado, que hay que tejerlo desde la infancia y –en este sentido– cualquier comienzo es auspicioso. La mirada orientadora de los maestros, de los padres, de los amigos es fundamental para que, luego de ese impulso inicial, se precipite el salto hacia dimensiones letradas más profundas.

Pero además de lo intelectual, las lecturas tienen que ver con lo vivido, con el plano afectivo y con el *bagaje* cultural personal, como los juguetes, la música, las películas...En un determinado momento de la vida, la nostalgia empieza a ser un refugio.

Y esa es otra de las dimensiones de las que son depositarias los textos. Los libros –como la cultura, en general- están en ese plano que imbrica lo personal con lo político

Desde hace cuatro años trabajamos en la Biblioteca Nacional en un proyecto de recuperación de bibliografía, documentación y testimonios de las experiencias de Eudeba y del Centro Editor de América Latina, bajo la gestión de un editor mítico, Boris Spivacow. Entre 1958, cuando fue fundada y hasta 1966 cuando la noche de los bastones largos, la editorial universitaria publicó una treintena de colecciones –alrededor de 1000 títulos, en tiradas que arrancaban de los 10 mil ejemplares como si nada– mientras que entre ese mismo año y 1995 el Centro Editor lanzó unos 5000 títulos en 87 colecciones. Libros que llegaron a sitios recónditos del país, se